

LA ANGELOLOGIA EN LA LITERATURA TALMUDICA.

EL desarrollo de la importantísima literatura mišnaico-talmúdica abarca la época comprendida entre el siglo II a.C. y el V d.C., incluyendo de esta forma el período denominado por algunos *pre-tannaítico*, en que se inicia la elaboración de la *Mišná*.

En este largo espacio de tiempo, *tannaítas* y *amoraítas*¹, ejercieron una intensa actividad en torno a la Torá y de modo especial sobre la Ley Oral, complemento de la escrita. Los tannaítas impartieron primeramente sus enseñanzas oralmente, con especial cuidado de que no se mezclaran con la Ley escrita; pero lo mismo que ocurrió con otras ramas de la literatura rabínica, los *Midrašim*, ante el temor de que esas doctrinas, de tantos y tan sabios maestros, se perdieran o contaminaran, hubieron de recogerse por escrito, en época posterior, aun en forma concisa y esquemática, como aparecen generalmente en la *Mišná*, razón fundamental de la amplificación y vastos comentarios que sobre ella elaboraron sus continuadores los amoraítas en ambos Talmudes.

Ese gran Digesto de las leyes tradicionales de Israel que se denominó la *Mišná*, fue obra de seis largas generaciones de doctores,

¹ *Tannaítas*, de *tannaím*, voz de origen arameo (heb. *šana'im*) que significa «repetidores, instructores»; en definitiva son los continuadores de los *soferím*, doctores de Israel.

Amoraítas, de *'amora'im*, también voz aramea, que equivale a «intérpretes, comentaristas».

si bien la gloria de la codificación final, tras varios intentos anteriores, corresponde a R. Y^ehudá ben Simón ben Gamaliel III, llamado «el Santo», Patriarca (*Nasí*) de la comunidad judaica, que vivió en la segunda mitad del siglo II d.C. y alcanzó el primer quinto del siguiente.

En los tres siglos siguientes (III al V), los amoraítas, sucesores de los tannaítas, no aportan propiamente una labor de creación, como hemos insinuado, y se dedican a elucidar ampliamente el ya elaborado Código nimaico. Este trabajo gigantesco, realizado en las Academias palestinas y en las de Babilonia, se recogió en los dos magnos comentarios que recibieron el nombre de *G^emará'*, «estudio acabado, enseñanza, doctrina», y constituyen el *Talmud y^erušalmí* (T. jerosolimitano), aunque más exacto sería llamarlo *palestinese*, y el *Talmud bablí* (T. babilónico)², por los lugares de su realización.

El orden seguido en ambos Talmudes es el siguiente: cada párrafo de la Mišná se transcribió íntegramente en su texto original hebreo, y a seguida se comentó en arameo, añadiendo toda clase de aclaraciones, citas escriturarias, opiniones diversas de los diferentes doctores, razonamientos variados y sutiles, historias, sentencias y refranes, etc.³.

Tal es la importancia del Talmud en sus dos partes constitutivas, Mišná y *G^emará'* que se ha dicho con bastante razón en él se cifra toda la literatura estrictamente judaica durante unos mil años —naturalmente ampliando al máximo los límites de su elaboración, es decir del s. III a.C. al VII d.C., en que recibe su redacción definitiva—. Además, gran parte de los escritores judíos posteriores, incluso algunos de los actuales, han buscado su fuente de inspiración para toda clase de producciones literarias, aparte de las lucubraciones científicas, en el Talmud.

Es fácil comprender que en este enorme conglomerado las alusiones y citas que se hacen de los ángeles son numerosísimas, y re-

² *Talmúd*: de la raíz hebrea *lamad*, «aprender», y en la forma intensiva «enseñar»; significa, por lo tanto, «estudio, enseñanza, doctrina». Nada hay, pues, en su acepción etimológica, ni en la real, de la tétrica significación que en la Edad Media se lanzó sobre el Talmud entre los cristianos.

³ Vid. *Manual de Historia de la Literatura hebrea*, por DAVID GONZALO MARSO. (Madrid, Editorial Gredos, 1960), capít. VI y VII de la 2.^a Parte.

flejan todo un mundo de creencias, ideas, supersticiones y curiosidades del máximo interés para el investigador.

Conviene advertir que las referencias a los ángeles figuran solamente en la G^{mará}, puesto que en toda la Mišná, a pesar de su considerable extensión y la multiplicidad de temas tratados, no aparece ninguna mención⁴. Pero téngase presente que la Mišná es base y fundamento de la G^{mará}.

Teniendo en cuenta que no tratamos de realizar un estudio exhaustivo del tema, ni traer a colación todos los textos talmúdicos que hablan de los ángeles, creemos basta como visión de conjunto, aparte de las numerosas referencias y coordinación sistemática de las mismas aducidas en nuestro trabajo, la indicación general del total de tratados talmúdicos en que se menciona a los Angeles, por cualquier concepto. En los copiosos *Índices* generales de materias que se encuentran en las dos traducciones más asequibles de ambos Talmudes, la francesa de Moise Schwab del *Talmud de Jerusalén*, y la inglesa de Epstein del *Talmud babilónico* o la alemana del mismo por Lazarus Goldsmith pueden encontrarse fácilmente las oportunas referencias, con indicación del tratado, capítulo, etc. De los treinta y seis tratados y medio comentados en el Talmud babilónico, *veintiuno* mencionan a los ángeles, y *veinticinco* a los Demonios. Los lugares de referencia, respecto a los primeros, son 110, y 55 respecto a los segundos; de Mikael se habla doce veces, y de Gabriel, veintiocho.

Desarrollo histórico de la Angelología talmúdica.

El estudio de la Angelología en el inmenso arsenal talmúdico no es nada fácil por varias razones. En primer lugar, el Talmud, en sus dos recensiones, es un maremágnum inextricable de cuestiones de todas clases, donde campea un gran desorden, y falta en absoluto una ordenación sistemática, debido quizá, aparte de otras ra-

⁴ GERSHON G. SCHOLEM, en su obra *Jewish-Mysticism* (London, 1955, págs. 42-43) dice a este propósito: «Sabido es que el compilador de la Mišná, el patriarca Yehudá el Santo, significado racionalista, hizo lo posible por eliminar toda referencia al *Merkaba*, la Angelología, etc. Parte considerable de este material se ha conservado en una segunda colección mišnaica, la llamada *Toseftá*. De ésta y de otros fragmentos podemos deducir algunas conclusiones respecto al carácter de tales especulaciones». A continuación añade el autor una ligera referencia sobre el *Libro de Enoc* y el *Apocalipsis de Abraham*.

zones, a que la mentalidad judía, por lo menos de aquellos siglos, era poco inclinada a un rigorismo intelectual de tipo grecolatino, y tal sistematización excedía a las posibilidades del gran número de *agadistas*⁵ que enseñaban en diferentes lugares, circunstancias y tiempo. Las explicaciones variaban según las personas que componían el auditorio, las necesidades exegéticas de la exposición, etc. Es imposible, por lo tanto, delimitar entre lo que es pura especulación erudita o una creencia popular, un punto de vista individual o general, una idea transitoria o una permanente; y, por último, no hay que perder de vista el hecho de que cada erudito manifestara por un determinado tema mayor o menor inclinación. Intentaremos, pues, sistematizar de alguna manera las ideas dominantes respecto al tema que nos ocupa.

Según el Talmud, el universo se encuentra repartido entre dos categorías de seres: los ángeles, que ocupan la parte superior, y por ello se los denomina *'elyonîm*, «los de arriba», y la humanidad, habitantes de la parte inferior o *tahtonîm*, «los de abajo».

Los *'elyonîm*, o ángeles, no son imaginados como intermediarios de Dios con el mundo y el hombre, es decir, tal y como aparecen en la Biblia. Según la doctrina talmúdica, la inmanencia divina no tenía en absoluto necesidad de colocar unos seres mediadores; se trata únicamente de glorificar a Dios, el cual, como dueño y soberano de un reino ilimitado, disponía de una corporación considerable de servidores, que ejecutaban sus mandatos. Estas criaturas dignas de mantenerse cerca del trono celestial, forzosamente debían alcanzar una perfección superior a la inherente a la condición humana, imposibilitada, en cuanto tal, de contemplar la divinidad. Pero la perfección de los ángeles nunca podrá igualarse a la de Dios, puesto que han sido creados.

En la teoría evolucionista del origen de las religiones suele exponerse que la idea de un ser superior podría haber surgido en el hombre primitivo al contemplar la organización de su propio grupo social. Un proceso semejante pudo originar la jerarquía celestial en el Talmud. Constantemente veía el pueblo a su so-

⁵ Los dos elementos básicos de la Mišná y su complemento el Talmud son *halaká*^h, «norma de vida, estatuto, disposición jurídica», y *haggadá*^h (o *'agadá*^h), «narración histórica, amena, ingeniosa, instructiva». Los cultivadores del primer elemento son los *halakistas*, y los del segundo, *agadistas*.

berano rodeado de numerosa corte, que le tributaba los máximos honores y el más profundo respeto. Cuanto mayor era el séquito y la corte, mayor admiración producía. Recordemos a tales efectos el esplendor de los reyes sasánidas que durante largo tiempo controlaron las Academias orientales donde se elaboraba el Talmud; con todo, estos soberanos no eran para un judío más que seres de carne y hueso, simples mortales, a pesar de la gloria y boato de que se rodeaban. Dios, en cambio, es el Rey de reyes, el Dominador y Creador del universo, y por esta razón se le presenta con la más esplendorosa corte angélica que jamás imaginó religión alguna. Las legiones de ángeles en actitud constante de alabanza a Dios se cuentan por millones, y se les dota de las más excelentes cualidades: belleza, sabiduría, conocimiento del porvenir, etc.⁶.

Creación de los ángeles.

La primera cuestión que se nos plantea es el momento de la creación de estos seres privilegiados. En Gn 1²⁶ cuando Yahvé dice: «Hagamos al hombre...», parece que se alude, al menos según la interpretación dada por algunos exegetas, a ciertos testigos que contemplan y aprueban la obra creadora de Dios, y lo mismo puede afirmarse del pasaje de Jb 38⁷. Sin embargo, el texto sagrado nada dice en concreto sobre el particular; la especulación judaica, y también después la cristiana, se planteará toda una problemática a este respecto.

La tradición está de acuerdo en que fueron creados a partir del segundo día del Hexámeron. De este modo se mantenía intacta la idea del monoteísmo, y no cabía pensar que Dios hubiera recibido ninguna clase de ayuda en su trabajo; por ello en Gn R. 1³ se insiste en que el pueblo no deberá decir que Mikael ha extendido la banda Sur del firmamento, y Gabriel la del Norte. Pero cuando se intenta fijar el momento exacto de la creación, muy a tono con la meticulosidad rabínica, surgen las opiniones encontradas, fielmen-

⁶ Aparte de las obvias consultas a algunos lugares mencionados de ambos Talmudes, en esta parte nos ha servido de inestimable ayuda el magnífico libro de A. COHEN, *Le Talmud* (trad. fr. del inglés, París, 1933), que contiene una «exposición sintética del Talmud, y de la enseñanza de los Rabinos sobre la ética, la religión, costumbres y Jurisprudencia». Vid. *Angélogogie*, pp. 92-104, y *Démonologie*, pp. 321-332.

te recogidas en el Talmud. Así, R. Yohanan decía: «El segundo día, ya que está escrito: Formó con las aguas la cumbre de su morada; el segundo día Dios estableció una primera separación de las aguas mediante el firmamento (Gn 1⁶), y como el Salmista (Sal 104³) asocia a los ángeles a la cumbre de la morada divina, está claro que fueron creados en dicho segundo día».

Otros se inclinan por el quinto día, en que Dios creó «las aves que vuelan», tomando como base el versículo de Isaías (6²): «con dos alas los serafines volaban».

Una tercera opinión sigue al Salmo 33⁶, y se expresa en los siguientes tres términos: «Un ángel es creado a cada emisión de la voz que sale de la boca del Santo Unico, bendito sea, porque se ha dicho: Por la palabra de Yahvé fueron hechos los cielos, y todo su ejército por el hálito de su boca» (Hag. 14a).

Por último en Gn R. 78¹ se recoge la supuesta discusión sostenida por el emperador Adriano con R. José ben Hananyá, el cual defiende que hay un río de fuego —del que se habla en Dn 7¹⁰— formado por el sudor que emiten los *hayyôt* al sostener el trono del Dios Unico (bendito sea). De dicho río salen constantemente grupos de ángeles celebrantes que presentan sus alabanzas a Dios una sola vez, y después inmediatamente expiran, es decir vuelven al río de donde salieron, que no cesa de manar día y noche.

En cuanto a los elementos de que fueron creados, se afirma que: «un ángel está formado por agua y fuego» (p. R. š, 58a), porque así consta en el Salmo 104⁴: «Tiene por ministros llamas de fuego». Nada más cabe añadir sobre el particular, puesto que una vez recogidas las diferentes opiniones, el Talmud no da solución final.

Naturaleza de los ángeles.

A pesar de que se haya formulado la teoría de que se produce una renovación constante de ángeles, la creencia general es que estos seres poseían el don de la inmortalidad y por ello no tenían que perpetuar la especie (Gn R. 8¹¹). No obstante, como Dios es todopoderoso, puede suprimirlos en cualquier instante, como se refiere en Sanh. 38b acerca de un grupo que se opone a su voluntad, advirtiendo que este suceso no guarda relación alguna con la caída de los ángeles, que, como se dirá después, no aparece en el Talmud.

El tamaño de los ángeles alcanza la enorme extensión de dos mil parasangas, y según la tradición, cada ángel es el tercio de un mundo: su mano alcanza desde el cielo a la tierra, por eso no pueden descubrirse en todo su tamaño.

Se los imagina sin espalda, con cuatro aspectos, coordinados de tal manera que puedan constantemente ver a Dios, conforme se indica en Ex 1^o. No tienen necesidad de alimentarse (Gn. R. 48¹⁴), porque se mantienen con el resplandor de la divina presencia (la *š'ḳina*¹⁵), según vemos en Ex. R. 32¹. Tampoco están sujetos a las pasiones humanas normales, es decir no se trastornan por los efectos del *yéser ra^c* (perversa inclinación) y como consecuencia no sienten impulsos malignos; de ahí que no se les aplique los Diez Mandamientos y se les otorgue el apelativo de «santos», que el hombre no puede conseguir si no alcanza una doble santificación.

Con todo, los ángeles no poseen la infalibilidad y así sucede que a veces Dios castiga sus errores. Se dice (Gn R. 50⁶⁸) que expulsó del cielo durante ciento treinta y ocho años a dos ángeles porque descubrieron prematuramente el decreto de la destrucción de Sodoma.

Están dotados de alas, y, según las órdenes que reciben del Todopoderoso, su vuelo varía de velocidad; si su mensaje debe producir la salvación, es más veloz que en caso contrario. De este modo el ángel más lento es el de la muerte, para que el agonizante tenga tiempo de arrepentirse, alcanzar el perdón y recuperar la vida⁷.

Lengua de los ángeles.

Se dice que los seres humanos —ha de entenderse concretamente de los judíos, para quienes se escribía el Talmud— se parecen a los ángeles por un triple concepto: porque poseen inteligencia como ellos, están dotados de porte recto, y hablan la lengua santa (Hag. 16a).

Como anteriormente queda dicho, la Angelología se desarrolla en época posterior al exilio babilónico. En los años que éste duró, el hebreo fue lentamente sustituido por el arameo, que acabó por

⁷ Vid. *Le Talmud de Jérusalem* (trad. por M. Schwab), vol. I, pág. 234 nota.

convertirse en la lengua oficial y vernácula de los judíos, aunque el hebreo siguió utilizándose, hasta nuestro días, en la liturgia y como lengua sabia. En razón de este cambio lingüístico, surgió la idea de que los ángeles ignoraban el arameo y hablaban el hebreo. Como ellos son los que recogen las oraciones y las presentan ante Dios, nunca deben formularse ruegos en la lengua popular, sino en la litúrgica, que es la que ellos comprenden. Hay algunas excepciones, como por ejemplo Gabriel, al que se supone conocedor de todas las lenguas; él fue quien las enseñó a José (Soṭá 33a), y al mismo tiempo le protegió de las perversas intenciones de Putifar (ib. 13b). De Zagzaga'el se afirma que era instructor de las «setenta lenguas».

Número de los ángeles.

Es tal la cantidad de seres angélicos que no podemos llegar a comprenderla ni imaginarla. Hay miles de ejércitos formados a su vez por millones de ángeles. Cuando Jacob abandona la casa de su suegro Labán, delante de él danza un ejército de setecientos mil. Además, cada israelita lleva un séquito de mil, uno de los cuales va delante para ahuyentar a los demonios. Estos son también numerosísimos, e incluso acompañan en gran cantidad a los que no observan la Ley de Dios, como más adelante expondremos.

Onomástica y funciones de los ángeles.

Los rabinos declaran que el nombre de los ángeles llegó a Israel procedente de Babilonia (p. R. š. 56d), y ello es una verdad incontrovertible, puesto que hasta Daniel ningún apelativo especial habían recibido, como reiteradamente hemos indicado.

A base de algunos textos, como el Salmo 68¹⁸: «Dios habita en ellos...»⁸ se afianzó la creencia de que cada ángel lleva una tableta con el nombre de Dios ('El), por lo cual son llamados *Miḳa'el*, *Gabri'el*, etc.

En el Talmud cada ángel recibe un nombre en consonancia con

⁸ El término *šin'an*, muy controvertido, lo interpretan algunos por «ángeles»; por ejemplo la Biblia de Ferrara y la *Authorized version*.

la misión que le está especialmente encomendada; por esta razón incluimos bajo el mismo epígrafe ambos conceptos.

Hay un ángel designado para cada uno de los elementos, como hemos visto ya en el *Libro de Enoc*; pero es de advertir que en esto más que en ningún otro aspecto las dificultades para un estudio sistemático se acentúan por la falta de un orden riguroso y por las grandes diferencias existentes entre los diversos tratados.

En dicho *Libro de Enoc* aparecen, según indicamos, con nombre propio y función específica. De todos ellos, sin embargo, casi ninguno se encuentra en el Talmud, y son sustituidos por los que a continuación estudiamos.

Gabriel.—«Hombre de Dios» o, según la interpretación más generalizada, «fortaleza de Dios» es el príncipe de la fuerza (Pes. 1, 18a): se le describe con cuerpo de fuego (ib. 118a), y su voz alcanza hasta los últimos confines de la tierra ('*Abôt* de R. Natán, 2). A menudo aparece como el defensor de Israel, aunque también se presenta como instrumento del castigo divino en compañía de Mikael.

Mikael.—Los talmudistas creyeron ver una alusión a él en la expresión *Mt-kamôka* de Ex. 15¹¹, y '*En ka-'El* de Dt²⁶. Combinando la primera palabra del primer pasaje con la segunda y tercera del último, sale Mika'el. Su función principal es la de protector y abogado de Israel, hasta el fin de los tiempos, y lucha con Samael por la liberación de su pueblo del poder de Edom. Dentro de la naturaleza cósmica, es el príncipe del agua y de su derivado la nieve.

Rafael.—Tiene una posición similar a los anteriores. Etimológicamente se ha relacionado su nombre con *refa'im*, «espíritus», y en época posterior, con *rafe'*, que encierra la idea de «curar». Sería, en este último caso, «medicina o curación de Dios», y ésta es precisamente su función. El fue el encargado de repóner al patriarca Abraham de la indisposición provocada por la circuncisión (B. m. 86b).

Es curioso observar que aun cuando los judíos no incluyen el libro de Tobías, donde tan relevante papel desempeña el arcángel Rafael, en el canon de libros inspirados, sin embargo le admiten como figura eminente de su Angelología.

Uriel.—Su nombre se interpreta como «fuego» o «luz de Dios». Por su mediación reciben los hombres el conocimiento del Todopoderoso.

Otros ángeles menores.—Tras los ángeles mayores, o arcángeles, mencionados, se citan los siguientes: *Yurkemi*, príncipe del «granizo» (Pes. 1, 18a); *Ridya*, príncipe de la «lluvia» (Ta^can. 25b); *Rahab*, príncipe del mar (B. b. 74b.); *Layla*, príncipe de la «noche» (Sanh. 96a) y de la concepción (Nid. 16b); *Duma*, ángel de la muerte (Ner. 18b).

Algunos otros príncipes se designan por una función específica y no llevan nombre propio, por ejemplo, el príncipe del mundo (Yeb. 16b; cfr. Evang. de San Juan, 12³¹, 14³⁰, 16¹¹), y el de la *gehenna* ('Arak. 15b).

Escritores tardíos identificaron al «príncipe del mundo con el ángel *Metatron*, cuyo nombre se ha intentado explicar de muy diversas formas: A. Kohut lo identifica con Mitra, del zoroastrismo; según otros sería la forma abreviada de *Metatronios* (del griego: «el que está junto al trono», aunque esta palabra no se usa en griego y es poco probable que los judíos inventaran la combinación), y, por último, hay quien lo relaciona con el latín (de «*metator*», precursor, ya que en él se veía al ángel que precedía a los israelitas en el desierto, Ex. 23²⁰). En resumen, podría afirmarse que Metatrón es de origen desconocido y probablemente uno de los muchos nombres secretos que idearon los místicos; pero sea como sea, durante algún tiempo se le rodeó de una veneración considerable, puesto que se especifica concretamente que no se le dirijan oraciones, señal evidente de que ello sucedía con harta frecuencia. Se le sitúa como colaborador de Dios en la enseñanza de la juventud, a la que dedica todo su tiempo; en cambio, Dios solamente emplea en ellos las tres últimas horas del día (Ab. z. 3b).

Otro ángel que alcanzó en la literatura talmúdica —y aún más en la cabalística— gran predicamento fue *Sandalfón*, cuya etimología está claramente definida: del griego *συνάδελφος*, «hermano asociado». Suele presentársele con Metatrón, aunque nunca se le menciona en las antiguas listas de arcángeles ni en los escritores no judíos. Es el encargado de la oración: «Cuando todos los lugares donde se adora han terminado sus servicios, el ángel encargado de la oración reúne las plegarias que se han formulado y hace coronas que coloca sobre la cabeza del Santo Único (bendito sea)» (Ex R. 21⁴). Como característica esencial presenta su gran tamaño, ya que él es el más alto de todos los ángeles, en una distancia tal

como la que se recorre en quinientos años: «de pie sobre la tierra alcanza el nivel de los *ḥayyóť*».

También se efectúan frecuentes referencias a los ángeles de la paz, de la cólera, a los ángeles destructores (heb. *mal'akê ha-mašhít*), a los de beneficencia, a los de los sueños, etc.; en cambio, a *Semalión* no se le cita más que una vez.

Los ángeles custodios de las ciudades no tienen nombre propio, a excepción de *Samael* y *Misael*; pero se enumeran los príncipes de Egipto, Babilonia, Media, Yaván (Grecia), Siria y Edom (Roma). A este último se le cita con frecuencia porque la mente de los *agadistas* estaba deslumbrada por el poderío de Roma, y la idea de una potencia mundial se asociaba a ella como la más típica representante. El destino de las naciones y el de sus ángeles custodios se halla tan entrelazado, que Dios nunca castiga en caso de desobediencia o prevaricación a la nación directamente, sino que antes lo hace en la persona de su correspondiente guardián, a quien exige cuentas.

En general, la función principal de los ángeles es la de amparar o acusar a los hombres, es decir son su *sanegor* o *ḳategor* en el cielo. Si cualquiera es acusado por novecientos noventa y nueve ángeles, pero uno solo le defiende, la infinita misericordia de Dios se inclina al perdón, y no le considera como reo.

Varias veces se dice que dos ángeles oficiantes acompañan constantemente a cada hombre para atestiguar su conducta diaria (Hag. 16a), lo cual no es más que la forma de subrayar que hasta los más pequeños u ocultos actos humanos son registrados por el Todopoderoso.

Cuando un hombre muere, los ángeles le acompañan en su partida de este mundo. No deja de ser curioso que en la fórmula de la «recomendación del alma» usual entre los católicos se incluyen algunas referencias análogas.

Tras la muerte, las almas de los hombres piadosos son recibidas por tres ángeles, pero las de los malos no son acompañadas más que por ángeles malos, que testifican por ellas.

Hay ángeles que aparecen ayudando a la construcción del Templo de Salomón, y lloran por su destrucción. También se cuenta que un grupo de ellos hizo la lamentación cuando R. Aqiba fue martirizado.

Por último, existe gran número de ángeles malos, con distintas misiones, como después se indicará.

Jerarquía agélica.

Según el Talmud, la jerarquía angélica está encabezada por los cuatro arcángeles Mikael, Gabriel, Uriel y Rafael, que corresponden a las cuatro divisiones del ejército israelí, según Nm 2: «De la misma manera que el Santo Unico (bendito sea) creó los cuatro vientos (puntos cardinales) y los cuatro estandartes para el ejército de Israel, igualmente creó cuatro ángeles para que rodearan su trono». A la derecha está Mikael, a quien corresponde la tribu de Rubén; a la izquierda, Uriel, con la tribu de Dan, situada al Norte; delante Gabriel, con la tribu de Judá y con Moisés y Aarón, colocados al Este; Rafael está detrás, con la tribu de Efraím, emplazada al Oeste (Nm. R. 2¹⁰).

En este apartado es donde podemos ver con mayor exactitud hasta qué punto la imaginación judía se desbordó en la creación de leyendas y fenómenos que no aparecen en modo alguno en el A. Testamento.

Antes de referirnos a los arcángeles y a la jerarquía que se establece en la corte celestial, recordemos que varios pasajes bíblicos se habían ampliado y embellecido; así, por ejemplo, en Gn. R. 5^s se dice que cuando Dios se dispone a crear al hombre, un grupo de ángeles le pregunta: «¿Por qué le creas?» Dios entonces consultó sus pareceres y refutó las objeciones que le hacían. Evidentemente esto significa que Dios no hace nada sin consultarles, aunque la decisión final le corresponde únicamente a El (p. Sanh. 18a). Cuando el patriarca Abraham va a sacrificar a su primogénito Isaac, algunos ángeles protestan calurosamente ante el Señor por este acto impropio. Sara también es protegida por un ángel contra los deseos del Faraón.

Pero donde el embellecimiento queda más patente es en el libro de Ester. Cuando ésta llega a la corte del rey Asuero, tres ángeles se apresuran a ayudarla: uno levanta su cabeza; otro la dota de gracia; y el tercero la ofrece el cetro real. Sobre la preponderante intervención de Gabriel en estos episodios, véase más adelante.

Cuando el Talmud establece la importancia y grado elevado

de cada arcángel, añade una serie de datos e historias que corroboren el porqué de esta supremacía.

Los ángeles más encumbrados son Mikael y Gabriel, que a menudo aparecen cooperando en una misma misión. Así, en el matrimonio de Abraham, celebrado ante el mismo Dios, figuraron como testigos de honor (Gn. R. 8¹³). Posteriormente asistieron al entierro de Moisés y entonaron en su honor un canto fúnebre (Dt. R. 11¹⁰).

La misión de protectores de Israel es común a entrambos, si bien Mikael la desempeña con más frecuencia; además, su categoría es superior a la de Gabriel. Dondequiera que Mikael aparezca, la gloria de la *šekina*ⁿ está presente (Ex. R. 2⁵). Él fue maestro de Moisés, de tal manera que los israelitas deben a su abogado el soberano don de la Torá (Dt. R. 11⁶). Se le presenta con cierta frecuencia como Sumo Sacerdote efectuando la expiación por su pueblo. Las ofrendas que trae al altar eran, según unos, ovejas de fuego, y, según otros, las almas de los justos. Las pruebas que ofrece al pueblo tutelado de su protección demuestran que en él se puede tener absoluta confianza; por ejemplo, él fue quien destruyó el ejército de Senaquerib (Ex. R. 18⁵); también intentó librar a Israel del exilio, según figura en Yomá, 77a. Suplicó ante Dios: «Sálvalos por los fieles que hay entre ellos»; pero las prevaricaciones cometidas eran demasiado graves. Cuando Amán tramó la aniquilación de todos los judíos de Persia, según refiere el libro de Ester, Mikael los defendió en el cielo (Ester R. 7¹²). Su residencia se encuentra en una cadena de siete montañas rodeadas de una aromática arboleda; en la cumbre más alta está Dios.

Aparte de esas intervenciones con carácter colectivo, cabe recordar que fue asimismo Mikael quien anunció a Sara que daría a luz un hijo (B. m. 86b), y el que luchó con Jacob en el episodio narrado en Gn 32²⁵.

Según una *agadá*, Mikael y Gabriel se encontrarán a la entrada del Paraíso para dar, en nombre de Dios, la bienvenida a los justos. La intervención del arcángel Mikael en favor de las almas de los difuntos es también una de las funciones que en la liturgia católica se ponen bien de manifiesto.

El segundo arcángel en categoría e importancia es Gabriel. Si a Mikael incumbe el poder absoluto, después de Dios, en el cielo, a Gabriel le corresponde análoga jerarquía en la tierra. Entre las

muchas misiones que le fueron encomendadas, reviste particular relieve su intervención en la historia de Ester. Gabriel disuadió a la reina Vasti de la obediencia al rey Asuero, con lo cual ella se negó a comparecer ante los comensales del gran banquete, motivando la elección de Ester como nueva reina (Meg. 12b). Más tarde volvió a escribir en las crónicas reales el relevante servicio prestado por Mardoqueo cuando denunció el complot regicida, episodio que había sido borrado por Simšay, pero que la acción acertada de Gabriel puso nuevamente de manifiesto (Ibíd. 16a).

Gabriel fue asimismo el emisario divino que en Ez 9³⁵⁵ marcó la frente de los jerosolimitanos piadosos que debían ser perdonados (Sab 55a). El fue también quien impidió que Ananías, Misael y Azarías fueran quemados en el horno (Pes 118a).

Su actuación con Moisés revistió extraordinaria importancia. Cuando las servidoras de la hija del Faraón intentan disuadirla de salvarle de las aguas, Gabriel las hiere al mismo tiempo que provoca el llanto del niño para despertar la compasión de la princesa (Ex R. 1²⁴). Según una leyenda, el Faraón, instigado por su consejero Jetro, sometió a Moisés a una prueba con el fin de averiguar si era la persona destinada para burlar sus leyes. Al efecto, colocó ante él unos carbones ardiendo a un lado y al otro una corona; si hubiera tomado la corona, el monarca habría ordenado su ejecución. Mas no sucedió así, porque Gabriel orientó las manos del pequeño hacia los carbones, librándole así de una suerte fatal (Ibíd. 26).

Los demás arcángeles no ofrecen particular relieve en cuanto a funciones jerárquicas que les estén especialmente asignadas. Baste con lo dicho anteriormente respecto a su onomástica y cometido.

Tras los arcángeles siguen en categoría los demás ángeles, oficiantes, custodios de ciudades, guardianes de las personas, etc.

Lugar aparte ocupan los ángeles del mal, que por su variedad e importancia merecen también un estudio especial.

Devoción a los ángeles.

Basándose equivocadamente en la Epístola de San Pablo a los Colosenses 2¹⁸, hubo algunos que acusaron a los judíos de adorar a los ángeles, si bien parece probado que el apóstol se refería a la secta gnóstica. Es indiscutible, sin embargo, que existió una devo-

ción muy extendida a los ángeles, implatada en esta época, que alcanzó gran desarrollo sobre todo en la piedad popular. En los rituales de la liturgia quedan huellas, y al margen de ésta introdujéronse numerosas plegarias y letanías.

Antes de retirarse a descansar por la noche, se recita esta oración: «En el nombre del Señor Dios de Israel, que a mi derecha se sitúe Mikael y a mi izquierda Gabriel, delante Uriel y detrás Rafael, y que sobre mi cabeza permanezca la divina presencia»⁹.

Resulta pintoresca la plegaria que un rabino acostumbraba a recitar al final de las oraciones diarias: «Señor Dios nuestro: que tu voluntad sea mantener la paz interna allá arriba y acá abajo». Tal oración pone de manifiesto la creencia bastante extendida de que entre los ángeles se producen frecuentes desacuerdos que turban la paz de la tierra y hacen necesaria una intervención divina.

Sandalfón es el encargado de recoger las oraciones de los justos y presentarlas ante Dios; pero este concepto de ángel mediador de los rezos está en contradicción con el principio general de que Dios se encuentra muy cerca de cualquiera que le invoque con sinceridad, como se afirma taxativamente en el Sal 145¹⁸. Por eso los rabinos se opusieron vivamente a cualquier forma de culto a los ángeles e intentaron reiteradas veces reducir la importancia de estas creencias, movidos por diversas consideraciones, por ejemplo la de que la dignidad de un hombre piadoso supera a la de los ángeles (Sanh. 93a). Corroboraba esta actitud el relato de Sanh. 93a, donde se afirma que Adán, cuando moraba en el Edén, en estado de inocencia, era servido por ángeles oficiantes, que le preparaban la comida y la bebida (cfr. Mt 4¹¹: «y llegaron los ángeles y le servían»). Asimismo aparecen como inferiores a Adán cuando éste impuso sus nombres a los animales y las cosas (Gn 2²⁰; ítem Pirqê R. El. 13).

Por otra parte, la inferioridad angélica respecto al hombre se ma-

⁹ Una ingenua oración popular castellana ofrece curiosa semejanza:

«Cuatro esquinitas
tiene mi cama,
cuatro angelitos
guardan a mi alma:
Lucas y Marcos,
Juañ y Mateo,
Jesucristo en medio...».

nifesta desde los orígenes mismos, dado que pertenecen a la creación en su fase inferior, en tanto que el hombre pertenece a la creación superior. Igualmente se demuestra en la actitud silenciosa que adoptan los ángeles cuando Israel recita el *S^ema^c*; sólo después entonan su cántico de alabanza. Indicio revelador de la oposición mostrada por los rabinos contra la magia es la aseveración (Ned. 32a) de que el hombre que se retrae de la práctica de la misma, tendrá acceso a un lugar celestial donde los ángeles oficiantes no pueden entrar (Ibid.).

Incluso se llega a prohibir de modo expreso ofrecerles sacrificios y dirigirles plegarias, puesto que tales actos se considerarían como idolatría (Ab. z. 42b).

Angeles del mal o demonios.

El relato de la caída de los ángeles, expuesto por primera vez en la literatura apocalíptica (*Libro de Enoch*) y aceptada en la Teología cristiana, no figura, en cambio, en el Talmud ni en la literatura midrástica. Para los rabinos los espíritus del mal son ángeles especiales sometidos a Dios en todo momento y ejecutores fieles de su voluntad. De ellos se vale el Todopoderoso para castigar la maldad humana y hacer que los hombres se mantengan fieles a su ley. Al igual que la demonología caldea, la rabínica establece tres clases fundamentales de demonios: *šedîm*, *mazziqîm* (lit. los dañinos) y *rûhîm* o *rûhôt ra'ôt* (malos espíritus). Además hay otras muchas variedades, como los espíritus de la noche, *lîlîm*; los de la tarde y la oscuridad, *tal'lanîm*; los del mediodía, *tihariîm*; los de la mañana, *šafirîm*; los que traen el hambre, tormentas, terremotos, etc. Todos ellos se agrupan bajo la denominación de *mal'akê habbalâ*ⁿ (ángeles de la destrucción), y su morada principal se encuentra al Norte de la tierra.

El origen de estos seres se explica de varias maneras en el Talmud. En Gn R. 7^r se cuenta que Dios estaba terminando la creación el sexto día, cuando se vio sorprendido por la llegada del Sábado, y como no podía proseguir su labor, dejó las almas que estaba formando sin el complemento corporal, y estos seres inacabados fueron los demonios.

Según otra explicación, cuando Adán y Eva prevaricaron en el Paraíso terrenal, fueron obligados a vivir separados y hacer peni-

tencia durante ciento treinta años; los espíritus masculinos se enamoraron de Eva, y Lilit, demonio femenino, de Adán. De estas uniones pecaminosas surgieron los *šedîm*, que poblaron el mundo (Gn. R. 20¹¹ y °Er. 18b).

También se ha formulado una teoría evolucionista en B. k. 16a, y por cierto en términos muy curiosos: «La hiena macho al cabo de siete años se convierte en murciélago; el murciélago al cabo de siete años se convierte en vampiro; el vampiro al cabo de siete años se convierte en ortiga; la ortiga al cabo de siete años se convierte en espina; la espina al cabo de siete años se convierte en demonio».

Como ángeles que son, estos malos espíritus poseen alas con las que vuelan de un extremo del mundo a otro, conocen el porvenir y pueden adoptar diversas formas; de pájaro (Sah. 107a), de mujer (Qid. 81a), de mendigo (Ibid. 81a, b), de ciervo (Sanh. 95a), etc. También guardan alguna semejanza con los hombres, pues al igual que éstos, comen, beben, se reproducen y mueren (Hag. 16a).

Su número es elevadísimo. R. Yoḥanán conocía trescientas clases, que vivía en las proximidades de la ciudad de Siknîn (Galilea) (Giṭ 68a). Cada uno de nosotros, decía un rabino, tiene mil demonios a su izquierda y dos miríadas a su derecha (cfr Sal 91⁷: «caerán a tu lado mil, y a tu derecha diez mil»). Es de advertir que gran parte de estos demonios no son en realidad más que la personificación de enfermedades, por ejemplo: *ben n'filîm* (la epilepsia, Br 44b), *sanwerîm* (la ceguera (Pes 112a), *eshatá* (la fiebre, Sab 66b), etc.

El remedio recomendado contra ellos es a menudo profiláctico: los espíritus de la suciedad (*bat meleḥ*) se alejan lavándose las manos, y se enumeran siete veces en que este acto debe cumplirse. Los ojos, nariz, boca y orejas no deben tocarse con las manos sucias. También la bendición sacerdotal sirve de protección contra las influencias malignas.

Sin embargo, aun cuando exista tanta variedad de espíritus del mal, Dios, infinitamente misericordioso, no recurre a ellos más que en último extremo. El mismo ha dicho: '*af* y *hēmā'* (ira y cólera) son los ángeles de la destrucción: los enviaré lejos porque si los hijos de Israel me irritan, antes de que yo pueda llamarlos, podrán los culpables arrepentirse y yo quedaré satisfecho (p. Ta'an. 65b).

En general se consideran como lugares frecuentados por los demonios los desiertos (Mt 12⁴²), cementerios, ruinas, etc., es decir aquéllos que producen especial terror a las personas. También las regiones pantanosas y los retretes ejercen sobre ellos particular atracción (p. Yeb. 15d).

Se los encuentra sobre todo de noche, porque la luz les molesta ; por tal motivo nunca debe saludarse a nadie en la oscuridad, pues podría ser cualquier espíritu maligno (Sanh 44a). Incluso se recomienda evitar los paseos nocturnos o de madrugada, antes del canto del gallo, sobre todo las noches del miércoles o el sábado, en que las actividades demoníacas se multiplican (Pes. 112b). El dormir solo en una casa encierra serios peligros, porque Lilit se apodera del durmiente (Sab. 151b).

Hay personas especialmente expuestas a las incursiones de los demonios, como son los inválidos, los padrinos de las bodas y la novia ; igualmente los que están de luto y los discípulos de los sabios durante la noche, porque pueden ser tentados del sentimiento de vanagloria y ansias de inmortalidad (Ber. 54b).

No siempre producen daños los demonios, aunque sí con mucha frecuencia. Algunos amoraítas de Babilonia emplearon a los *šedím* como amigos, y recibieron instrucción provechosa de ellos, llamándoles con nombres familiares, como José, Jonatán, etc. También los magos de Egipto aprovecharon su ayuda para efectuar milagros, porque todo sortilegio es obra de los demonios, aunque éstos no puedan crear, sino solamente transformar las cosas existentes.

Onomástica y funciones.

Al contrario de lo que ocurre con la onomástica angélica, que, como hemos demostrado, es de gran variedad y riqueza, la demonología judaica resulta pobre en cuanto a nombres propios. Si exceptuamos a Samael (otras veces Satán, o Satanás) y Lilit, sólo ocasionalmente se citan algunos otros cuya función no siempre aparece clara ni delimitada.

En general los demonios son los provocadores del mal, los acusadores de los hombres ante Dios. Así, cuando los israelitas salieron de Egipto, Samael exclamó ante el Santo Único (bendito sea): «Soberano del universo, hasta ahora adoraron a los ídolos ; y Tú quieres alejar las olas del mar ante su paso» (Ex R. 21⁷). Asimismo

mo, «cuando el Santo Unico (bendito sea) dijo a Moisés: Levántate y apresúrate a bajar de aquí, cinco ángeles destructores quisieron inculparle: fueron 'Af, Hēmāⁿ, Kēṣef, Mašhūt (destructor) y M^eḳalé^h (el que consume)» (Dt. R. 3⁷¹).

Como rey de los demonios figura Samael, «veneno de Dios» (*sarn*, «veneno»), término que algunos consideran derivado del Semal sirio. Tiene doce alas, y a sus órdenes hay todo un ejército de demonios, porque como no posee el don de la ubicuidad, ha de valerse de otros emisarios. Cuando el Sábado va a terminar, los reúne y exhorta para que prosigan su trabajo tras la tregua; entonces van envenenando pozos y causando daños.

En Samael encarnan los judíos todo linaje de perversidad; sus acciones tienden siempre a la destrucción del hombre, de manera que «él, el *yeṣer ra^c* y el ángel de la muerte se identifican en una misma persona» (B. b. 16a). Sus procedimientos quedaron ben de manifiesto desde los orígenes del mundo, puesto que él fue quien bajó del cielo para seducir a Adán y Eva (Pirqê de R. Eliezer, 13), y, posteriormente, cuando Isaac fue destetado y Abraham dio un gran banquete (Gn 21⁸), Samael corrió a acusarle ante Dios diciendo: «entre tantas alegrías, no se acuerda de ofrecerte siquiera una paloma». Dios le contestó cumplidamente, manifestando la absoluta confianza que tenía en la lealtad de su siervo.

Las acusaciones del rey de los demonios y sus recriminaciones contra los hombres suelen producirse cuando amenaza algún peligro (p. Sab. 5b): así en el caso de que alguno se encuentre en una casa ruinoso, o siga por un camino solitario o emprenda un viaje por mar (Ecls. R. 3²). Durante trescientos sesenta y cuatro días Satán trabaja, pero esta actividad cesa en el *Yôm Kippûr* (Yom. 20a): «el día de las expiaciones está privado de todo poder y no pueden oponerse a las demandas de Israel solicitando perdón; cuando el primer día del año suena el *sofer*, Satán queda confundido.» (R. s. 16b).

Como encarnación del mal, se le considera el patrono celestial de Roma, y su rival es el arcángel Mikael. Aprovecha con habilidad cualquier circunstancia o palabra imprudente que el hombre pronuncie, por lo cual no conviene hablar mal, ni pronunciar maldiciones contra él, porque las malas palabras son una invitación al demonio. Su intervención provoca siempre la discordia (Sab. 104a; Yom. 67b); por ejemplo, si uno se lleva una mujer hermo-

sa en calidad de prisionera, se trae a Satán consigo, y el hijo que hubiere de ambos será destruido (Sifrê Dt 218).

La función que desempeña el príncipe de los demonios con mayor frecuencia es la de provocar la muerte. Bajo el título de «ángel de la muerte» y Duma aparece en multitud de textos: tiene ojos diseminados por todo el cuerpo y cuando un enfermo está en trance de muerte, se coloca con una espada desenvainada en la mano encima de su cama. De la punta de la espada fluye una gota de bilis, y el moribundo, al contemplar tal espectáculo queda aterrado, con la boca abierta, donde Duma hace caer la gota de bilis que le provoca la muerte. Por esta razón el cadáver desprende mal olor y su cara se torna de horrible amarillez (°Ab z. 20b).

A los demonios compete asimismo acompañar a las personas, sobre todo malvadas; por ello se insiste en que se busque la compañía de los justos, en especial al emprender un viaje, porque los perversos llevan consigo espíritus funestos (Tosefta, Sab. 17^a). Cuando el hombre vuelve a su casa el día de sábado, va acompañado de dos ángeles, uno malo y otro bueno. Si ha observado los preceptos rituales —lámpara sabática encendida, mesa y cama preparada— el ángel del bien le anima a perseverar en el cumplimiento de sus deberes religiosos; mas, si no ha sido así, el demonio exclama: «Ojalá suceda lo mismo el próximo Sábado», y el ángel bueno se verá obligado a responder: «Amén» (Sab. 119b).

Quizá no carezca de interés insertar a continuación una fechoría de Satanás en la visita que hizo a Noé cuando éste plantó la vid, que recoge una canción popular del folklore hebreo. Cuéntase que el demonio regó las vides sucesivamente con sangre de oveja, de león, de mono y de puerco. El resultado fue que quien abusa del vino elaborado de la vid regada con la sangre de esos animales se asemeja a ellos, por el orden susodicho: Si toma una medida, quedará manso como la oveja; si dos medidas, se sentirá fuerte como un león; si tres, se comportará en sus maneras y proceder como un mono, y si cuatro, quedará reducido a la innoble condición y postura del puerco.

Lilit aparece como reina de los demonios: posee alas, largos cabellos y aúlla sin cesar. Se la ha relacionado tradicionalmente con *layla*^h, puesto que se la considera como el fantasma nocturno; sin embargo, modernamente algunos investigadores se inclinan más por el vocablo sumerio *lulu*, libertinaje. En este concepto sería el

demonio hembra que excita a la voluptuosidad. Su séquito lo forman cuatrocientas ochenta huestes, y ataca especialmente a las puérperas y a los niños menores de ocho días, o sea antes de la circuncisión. En el folklore posterior su figura adquirió un gran desarrollo.

También se citan otros tres: *Agrat bat maqlat* (Nm. R. 12; Pes. 112b), que marcha en un carruaje al frente de dieciocho millares de demonios y desarrolla gran actividad los miércoles y sábados; *Sibeta*, estrangulador de las personas y muy especialmente de los niños que ingieren alimentos sin haberse lavado las manos; y *Qèteb m'rái* («peste contagiosa», Dt 32²⁴), causante de insolaciones.

Actitud ante los demonios.

La postura del judaísmo de los primeros siglos de nuestra era con respecto a los demonios, presenta grandes analogías con las de otros pueblos contemporáneos. Angustiados por la existencia del mal, que constantemente veían patente en tantos sufrimientos y enfermedades —para ellos las más de las veces de origen desconocido—, y no encontrándoles una explicación natural, dieron rienda suelta a la imaginación, creando un mundo fantástico y cayendo con frecuencia en la superstición y la magia. Los exorcismos, diversos y extraños ungüentos con fines medicinales y variados amuletos, se recomiendan en el Talmud frecuentemente para conjurar los malos espíritus. Como amuletos de especial eficacia, cítanse los huevos, algunas partes del cuerpo de animales —sobre todo el gato negro ocupa un papel preponderante dentro de la magia, perpetuado hasta en la literatura moderna— y en época posterior las piedras preciosas. También se pronunciaban fórmulas ininteligibles, como lo indica este aserto talmúdico: «El mago murmura y él mismo no sabe qué.» (Soṭ. 22a).

A Salomón se le atribuye un gran conocimiento de los encantamientos de demonios (Ex. R. 30¹⁶). Ya el pseudoepigráfico *Testamento de Salomón*¹⁰ cuenta que el Rey Sabio poseía un anillo con el cual conjuraba a toda clase de demonios; por esto un conjuro

¹⁰ Aunque éste es obra de un cristiano y está escrito en griego, lo incluimos aquí por su contenido a base de *halaká*^h y *'agadá*^h.

mágico pronunciado en su nombre tenía especial poder (Git. 68a). Posteriormente sucumbió ante las maquinaciones de una mujer jebusea y perdió su poder mágico; algo parecido se expresa en Pesikta 45b.

En plena Edad atómica en que los avances de las ciencias han situado en un primer rango la materia, con harto detrimento del espíritu, todo este mundo ingenuo y primitivo nos hace sonreír y sentirnos superiores, orgullosos de nuestros propios descubrimientos y de dominio que el hombre va logrando sobre la naturaleza. Sin embargo, no hay que olvidar que aunque la demonología judaica se haya desarrollado muchas veces sobre una base simbólica y mágica, también es verdad que en general aparece bien patente un gran contenido ético y religioso, que de esta manera quiere impulsar a los hombres a la práctica del bien y al cumplimiento de la Ley. Así, se lee en el Talmud que quien teme a los demonios, teme en realidad las consecuencias de su propia vida disipada. La fórmula principal para ahuyentar a los demonios es la recitación del *S'ma^e*, o sea la profesión de fe israelita, «instituido para hacer huir a los malos espíritus» (p. Ber 2d), y la fijación de la *m^ezúzāⁿ* a la entrada de las casas. Pero el verdadero remedio radica en la Torá: todo aquél que sea devoto observante de la Ley nada debe temer de Satán, puesto que Dios le concede el amparo y compañía de los ángeles; así consta en el Sal 91¹¹: «ordenará que sus ángeles te guarden en todos los caminos».

C. Gonzalo Rubio.